

RESEÑAS

ATTRIDGE, H. W. (ed.), *The Religion and Science Debate. Why Does It Continue?*, Yale University Press, New Haven and London, 2009, 240 pp.

El último volumen publicado por la fundación Dwight Harrington Terry, con motivo de sus conferencias sobre religión a la luz de la ciencia y la filosofía, ofrece la contribución de diversos científicos y pensadores sobre las razones del debate entre religión y ciencia en los Estados Unidos.

Todos los autores coinciden en que dicho debate tiene serias consecuencias desde el punto de vista de la educación y la discusión pública sobre la ciencia y la sociedad. Pero los términos resultan muchas veces simplificados, o incluso equívocos, a causa del interés periodístico en avivar el enfrentamiento ante la opinión pública, dada la visión conflictual y poliédrica del mundo de los *media* (pp. 128-129). A pesar de las controversias entre ciencia y religión, sería equivocado describir sus relaciones como una guerra (p. 50), siendo el mayor enemigo en esta cuestión la ignorancia (p. 153).

Esta falta de conocimiento provocaría también el antagonismo entre los extremistas de uno y otro lado, identificados con los defensores del *intelligent design* (ID) y del evolucionismo filosófico. El biólogo K. Miller y el físico L. Kraus critican científicamente los argumentos de ID. Para el primero, el argumento de la “complejidad irreducible” es simplemente una versión sofisticada del recurso al “dios de los agujeros”. Miller refuta los ejemplos de sistemas supuestamente complejos aducidos por M. Behe —uno de los máximos exponentes de ID—, mostrando que la evolución proporciona un mecanismo perfectamente natural para explicar la apariencia de diseño de esos organismos. Filosóficamente, mantiene que es posible creer en la existencia de un Ser supremo sin adherirse a la posición de ID, que invocaría un diseño en la naturaleza *directamente creativo* (pp. 81-82). Krauss es aún más duro al calificar la estrategia de ID como cerrada de mente, fraudulenta y desleal (p. 138); no pudiéndose

RESEÑAS

enseñar como teoría científica comparable al darwinismo sencillamente porque es falsa (pp. 144-145).

Las pretensiones del evolucionismo filosófico son desenmascaradas en la contribución del filósofo A. Plantinga. Muchos científicos y filósofos consideran la evolución como un proceso sin guía, pero dicha afirmación resulta un añadido teológico o metafísico a la teoría científica de la evolución y no pertenece a ella (pp. 107 y 116). Esta confusión o presunta conexión entre darwinismo y “darwinismo sin guía” sería la fuente más importante del conflicto continuo entre ciencia y religión (p. 115). La intervención de Plantinga es sin duda la de mayor densidad filosófica de toda la obra. Mientras que el “naturalismo metodológico” es el método de la ciencia, hay que denunciar el absolutismo epistemológico de dicho método como no científico. Desde el punto de vista lógico, Plantinga descubre las falsedades de los argumentos de evolucionistas filosóficos como Dawkins y Dennett. Decir, por ejemplo, que una mutación es aleatoria desde el punto de vista biológico, supone únicamente decir que no surge de un plan de diseño de la criatura, al cual se añade, y que no es una respuesta a sus necesidades de adaptación al medio. Pero una mutación puede ser aleatoria y causada (p. 117). No obstante, Plantinga no se detiene en el razonamiento filosófico que muestra que las conclusiones de Dawkins y Dennett no sólo están mal derivadas, sino que no son verdaderas.

Podría parecer que el volumen se decanta en último término por el pacífico enfoque de una ciencia que explica el “cómo” y una religión que explica el “porqué”. No obstante, ante un ingenuo *irenismo*, el sociólogo R. Wuthnow plantea abiertamente la pregunta de porqué hay conflicto a pesar de todo. Wuthnow explica que los dominios de la ciencia y la religión no son estáticos ni están netamente definidos: tienden a expandirse, lo cual favorece la continuación del debate (pp. 162-165). Mientras que la sociedad americana parece tener una especial capacidad de unificar posiciones muy diversas, gracias a su tolerancia, pero también a causa cierto relativismo, eclecticismo y pragmatismo, Wuthnow pone en guardia para no negar demasiado rápidamente las cuestiones y problemas que surgen inevitablemente en las relaciones entre ciencia y religión.

Esta intervención apunta hacia una perspectiva de integración entre ambas que, en general, está ausente en el volumen. Hay que decir que la pretendida separación entre una realidad natural (dominio de la ciencia) y una realidad espiritual (dominio de la religión) no es tanto una separación material, sino de niveles de comprensión, integración o unificación de la

RESEÑAS

realidad. La ciencia logra indudablemente un conocimiento válido, pero necesitado de la reflexión filosófica y teológica para lograr una visión completa del mundo. Además, el mismo proyecto científico es ya un proyecto espiritual.

Miller comenta con acierto que la solución para las personas de fe sería no oponerse a la ciencia, sino proporcionar una interpretación de la ciencia que esté en armonía con sus creencias religiosas (p. 87). Pero habría que añadir que no sólo los creyentes han de buscar la armonía. Los no creyentes han de reconocer la existencia de realidades que no se logran explicar con la teoría de la evolución —como, por ejemplo, la existencia de personas que niegan dicha teoría, algo que sólo puede deberse a la irreducible libertad humana, pues sale fuera de la “lógica” del sistema—.

Es difícil no estar de acuerdo con la teoría de la evolución a partir de los datos de que dispone la ciencia actual. Es difícil también aceptar las pretensiones científicas de ID, puesto que *lo que vemos en la naturaleza no es directamente un diseño, sino algo que debe basarse en un diseño* (M. RHONHEIMER, *Teoria dell'evoluzione neodarwinista, Intelligent Design e creazione. In dialogo con il Cardinal Christoph Schönborn*, “Acta Philosophica” 17 [2008/1] 87-132, pp. 91-92), inferencia indudablemente filosófica. La cuestión central es, en mi opinión, la existencia de procesos naturales aleatorios en cierto nivel de nuestro conocimiento —es decir, sin causalidad y finalidad en ese nivel— que se integran en la providencia y gobierno divinos del mundo, porque la causalidad divina y la causalidad creada difieren radicalmente y no entran en colisión.

Probablemente, la idea de la obra es que no hay un conflicto entre ciencia y religión. Si el enfrentamiento se da, a pesar de todo, es a causa de las posiciones fundamentalistas de uno y otro lado, generalmente amplificadas ante la opinión pública. Pero siempre deberá haber interacción dentro de una autonomía metodológica, y ésta habrá de mantenerse siempre, porque tanto la ciencia como la religión hablan de una única realidad.

Javier Sánchez Cañizares
Universidad de Navarra
js.canizares@unav.es